

CAPITULA ALF
1842
1843
1844
1845
1846
1847
1848
1849
1850
1851
1852
1853
1854
1855
1856
1857
1858
1859
1860
1861
1862
1863
1864
1865
1866
1867
1868
1869
1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900

II

Irene

No es su color el de la rosa: tiene
la delicada palidez divina
de los antiguos mármoles. Oscura
la cabellera que, al caer, se riza
sobre los hombros. Arqueadas cejas;
largas pestañas que el fulgor mitigan
de sus ojos, magníficos y grandes,
como el záfiro espléndidos!...

Un día

vi que el Amor la sorprendió, y, artero,
le dió el Amor un beso en la mejilla....

¡Oh, cómo entonces suave luz de rosa
turbó esa palidez tersa y tranquila!

¡Así, del sol al sorprenderla el beso,
Venus, en Chipre, se sonroja y brilla!

El poeta de Teos

Viejo soy, es verdad; pero no muere
la juventud en mí! Las ciprias rosas
lucen aún, intactas y olorosas,
en mi cabello cano. Eros me hiere
con dardo purpurino, y Afrodita,
suave y dulce, me incita
a jugar y reír con la doncella
de grandes ojos de fulgores llenos,

recias cadenas y turgentes senos....
 Con Euripile, que cual rubia estrella,
 de Mayo en los albores,
 entre todas las vírgenes descuella,
 calzada con sandalias de colores.
 Mas crúel Euripile, que nacida
 en Lesbos la florida,
 con cárdenas violetas y tempranas
 auroras trae ceñida
 la blonda cabellera, huye mis canas;
 y entre los brazos del imberbe y grácil
 Artemón, que por otra arde y suspira,
 en la ágil danza se le entrega fácil,
 y burlona, al pasar, ríe y me mira....

A Lidia

No, tu amor no es Amor, te has engañado.
 Tiene el tuyo, es verdad, forma divina;
 es casi el dios: su boca purpurina
 guarda la miel del Hibla. El delicado
 color y aroma y la frescura tiene
 de las rosas de Pafos, y sostiene
 el arco vencedor. De su albo cuello
 pende el carcaj, que encubre,

ondulante y sutil, su áureo cabello....
Mas no, Lidia, no esperas que me prenda;
no, tu amor no es Amor, no tiene venda.

Con Lidia

Desierta está la calle;
Lidia a la puerta; en la ciudad el Sueño.
Vago descende un rayo de la luna
sobre el turgente seno
de Lidia, y besa roja flor que exhala
con tenue aroma el moribundo aliento.
—Nadie nos ve: ¿qué temes?
Nadie nos oye, todo está en silencio....

¡Te amo, oh dulce Lidia!

¡oh Lidia, yo te amo!....

—No lo creo.

—Tú sí lo juras, pero no me amas.

—Con todo el alma y con amor eterno!

—¿Deveras?....

—Sí....¿qué ha sido?....

—Nada: la flor que ha muerto.

Cayó a tus pies....

La luna

Transpuso el monte.

¡Es un jardín el cielo!

A Lidia

¡Sin duda es el Amor tu enamorado!
 Del ensueño de Psiquis escapado,
 cerca de tí revolotea; busca
 tus ojos claros, con su luz se ofusca,
 y, de tus labios en la flor, semeja,
 al punto en que se posa,
 una fúlgida abeja
 sobre un purpúreo pétalo de rosa.

De Lidia

Gimes, y en vano a la cerrada puerta
llamas de Cloe, que al divino fuego
de amor nunca ha cedido.
Duerme, y no la despierta
ni el más vehemente ruego,
ni el más hondo gemido.
Vete; cual Cloe, fría
está la noche; y en la niebla bruna,

ya su disco de plata
 tiende a ocultar la luna.
 Huye de Cloe, dándola al olvido,
 y busca otra deidad menos ingrata
 ¡Ay! yo también herido
 fui, como tú; también de Cloe el daño
 lloré; pero va un año
 que de Lidia me tiene el talle airoso;
 siervo de Lidia soy, y soy dichoso.
 Fácil Lidia me ama,
 fácil al ruego y al amor se inflama;
 y es, en las frías noches, más ardiente
 Lidia, que el oro en el crisol candente!

A Lidia

¿Que soy falso, y aleve,
 traidor, y vil, y pérfido, y malvado,
 y qué más? ¿Nada más te han declarado
 los pétalos de nieve
 de la cándida flor que has deshojado?
 ¿Que yo no sé de amor? ¿que lo he fingido?
 ¿Que Irene, diestra en la maldad, me incita?
 ¿Que nunca te he querido?
 ¡Vaya una mentirosa margarita!

A Lidia

Por qué, si hora te hablo, tus enojos
despierto luego? No como antes eras
eres hoy, Lidia; si me ven tus ojos,
son sus miradas fieras.

Hoy de tus labios, para mí, el reproche
sale, y burlona la sonrisa altiva;
llego a tu lado en la callada noche,
y me apartas esquivada.

Como lebrel, por donde vas, tu paso
sigo, y te asedia mi amoroso ruego....
¿Ya no te enciende del amor, acaso,
el misterioso fuego?....

¿Huyes?.... ¡Oh Lidia! volverás, oh Lidia,
a este lugar a dirigir tu huella:
la que por bella te ha causado envidia,
te vencerá por bella!

III